

LUIS CERNUDA

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

LUIS CERNUDA

VOX VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

Agradecemos a la Sra. MARÍA DOLORES ARANA y al Sr. EMMA-
NÚEL CARBALLO el habernos proporcionado las grabaciones que
aparecen en este disco.

DIRECCIÓN GENERAL DE MEXICO

PRESENTACIÓN

Unos la llaman Generación de la Dictadura; otros la encierran entre dos fechas: 1920-1936 (Alonso), 1920-1935 (Cirre). Unos la dividen, de acuerdo con la edad de sus componentes, en dos grupos; otros suponen que todos ellos forman un equipo compacto. Los críticos coinciden en señalar que después del año 1580 y tantos (viven Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, Góngora y Lope aún no alcanzan la madurez) en España no se había vuelto a dar un fenómeno poético tan fulgurante hasta la década de los años veinte de nuestro siglo. Integran esta generación, cito los nombres principales: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Emilio Prados, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Rafael Alberti y Manuel Altolaguirre.

Cernuda (1902-1963) nació, al igual que Bécquer y Aleixandre, en Sevilla. No es ocioso consignar este dato ya que se reflejan en sus poemas. Ensismado, retraído, erudito en sí mismo y en los demás, su poesía no desatiende lo externo aunque, en amplia porción, se nutre del autoanálisis. El influjo de autores, modas y corrientes apenas deja huellas en sus poemas. No se parece a los poetas de su momento: posee la originalidad del destino plenamente aceptado, de la fidelidad insobornable a sus creencias y apetencias. Al contrario de Rimbaud, trata de buscar lo que ama en lo que escribe. Vive en la realidad y, también, en el deseo.

El sino de Luis Cernuda fue el exilio. Aun en su Sevilla, donde transcurrieron infancia y primera adolescencia, no pudo establecer vínculos duraderos con sus coterráneos. De allí en adelante no le fue posible entender o, mejor, padecer a los hombres y que éstos, a su vez, lo padecieran. Los distintos países por los que paseó su extrañeza: España, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos y México, no le ofrecieron solución que permitiera resolver sus complejos problemas temperamentales.

En algún momento, todos nos hemos quejado de soledad irremediable. Sin embargo, pocos como Luis Cernuda han vivido la soledad en sus más desoladas formas, apenas atenuada por el amor y la poesía. Soledad sinónimo de abandono, de pobreza y, también, de orgullo. Cernuda hizo de la soledad un heroísmo:

La expresión de mi ser contradictorio,
Que se exalta por sentirse inhumano,
Que se humilla por sentirse imposible.

Esta actitud frente al mundo ha permitido a sus malquerientes deformar y aun calumniar a su persona. Así responde Cernuda a los causantes de que en torno suyo se formase una leyenda negra:

por Emmanuel Carballo

Ahora, cuando me catalogan ya los hombres
Bajo sus clasificaciones y sus fechas,
Disgusto a unos por frío y a otros por raro,
Y en mi temblor humano hallan reminiscencias
Muertas. Nunca han de comprender que si mi lengua
El mundo cantó un día, fue amor quien la inspiraba.

Al hablar de su persona, incluyó en ella su expresión como poeta. En Cernuda hombre y artista son uno y el mismo ser. Su poesía es admirable porque expresa una vida admirable, una conducta fiel en todo momento a su carácter. "Carácter es destino", el poeta repite para sí la sentencia sabia. Sin gazmoñerías ni ambigüedades Cernuda canta y cuenta su propia historia. *La realidad y el deseo* es una biografía.

Los personajes son el hombre y el tiempo. En las primeras secciones, el hombre aprovecha el tiempo, su tiempo; después, en las secciones escritas a partir de la guerra civil española, el tiempo conspira contra la integridad del hombre. En este sentido, la mudanza del personaje y el poema con anécdota, *La realidad y el deseo* es la más extraordinaria novela psicológica escrita en verso y en español durante lo que va del siglo XX. Se me ocurre comparar a Cernuda, como temperamento, con Marcel Proust y André Gide, a quien dedica uno de sus poemas de madurez, "In memoriam". En los siguientes versos, Cernuda parece apoyar mis afirmaciones:

Mi obra no está afuera, sino adentro,
En el alma; y el alma, en los azares
Del bien y el mal, es igual a sí misma:
Ni nace, ni perece. Y esto que yo edifico
No es piedra, sino alma, el fuego inextinguible.

Líneas arriba hablé del exilio que, de una manera o de otra, acompañó siempre a Luis Cernuda. Igual que Larra, destinatario de uno de sus poemas, sabe que en esta "sucua tierra" a la que contempla "con gesto distraído desde la altura", "el poeta se ahoga"; sabe que "no hay sitio en ella para el hombre solo, / hijo desnudo y deslumbrante del divino pensamiento". (Tomo las palabras entrecuilladas, fundiéndolas, de dos poemas: "La gloria del poeta" y "A Larra con unas violetas".) El poeta, de ayer, hoy y mañana, padece esta misma fatalidad. Dije asimismo que únicamente la poesía y el amor parecieron apartarlo de su vocación de hombre

errante. Me ocupo primero de la poesía, en su lenguaje la única droga de efectos definitivos:

Si en otros días di curso enajenado
A la pasión inútil, su llanto largo y fiebre,
Hoy busco tu sagrado, tu amor, a quien modera
La mano sobre el pecho, ya sola musa mía,
Tú, rosa del silencio, tú, luz de de la memoria.

El amor para Cernuda, y para algunos otros, mueve al mundo. Le permite creer en sí mismo y en la vida, transmutarse en las distintas cosas que ama: el aire, el agua, las plantas, la hermosura física:

Tú justificas mi existencia;
Si no te conozco, no he vivido;
Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.

Su verdad no se llama gloria, fortuna o ambición sino amor o deseo. Mas el deseo es una pregunta cuya respuesta no existe. Los ojos del poeta son los de un hombre enamorado; sus labios, los de un hombre que no cree en el amor. Están en desacuerdo la realidad y el deseo. Los hombres en sociedad.

Derriban gigantes de los bosques para hacer un durmiente,
Derriban los instintos como flores,
Deseos como estrellas,
Para hacer sólo un hombre con su estigma de hombre.

Si la furia tiene color de amor, el amor tiene color de olvido. Uno y otro sólo son aptos para vivirse en inaccesible buhardilla, al margen de preceptos y prejuicios. Así como un amor lleva en germen otro amor, un olvido lleva dentro de sí otro olvido. El amor es breve como todo lo hermoso. Lo mismo que la flor, crece y se abre en brazos de la muerte. Lo que importa es saber gozar este instante. El tiempo todo lo fatiga, hasta la dicha:
¿Quién dice que se olvida? No hay olvido.

Mira a través de esta pared de hielo
Ir esa sombra hacia la lejanía
Sin el nimbo radiante del deseo.

La contradicción es aparente: "No es el amor quien muere, / somos nosotros mismos". Quien muere pierde la capacidad de olvidar. El que aún está vivo, vive el "recuerdo de un olvido". Sin embargo, "¿no es el recuerdo la impotencia del deseo?" ¿Y el deseo es algo más que una pregunta que no obtiene respuesta? La dialéctica del amor es implacable. En prosa, Cernuda encontró una salida: "Al amor no hay que pedirle sino unos instantes, que en verdad equivalen a la eternidad, aquella eternidad profunda a que se refirió Nietzsche. ¿Puede esperarse más de él? ¿Es necesario más?" El amor viene y va, mira. No sabe, nunca sabrá nada:

¿Y qué esperar, amor? Sólo un hastío,
El amargor profundo, los despojos.
Llorando vanamente ven los ojos
Ese entreabierto lecho torpe y frío.

"La caricia es mentira, el amor es mentira, la amistad es mentira". El deseo aparenta ser personal y ni siquiera es de quien lo siente, es de todos: malvados, inocentes, enamorados o canallas. "Que ruido tan triste el que hacen los cuerpos cuando se aman".

El amor luce espinas en lugar de espinas. (No se olvide cómo se aman los erizos.) La relectura de "Donde habite el olvido", uno de los más grandes poemas de amor de nuestro tiempo, le producía a Cernuda, en los últimos años, "rubor y humillación":

No creas nunca, no creas sino en la muerte de todo:
Contempla bien ese tronco que muere,
Hecho el muerto más muerto,
Como tus ojos, como tus deseos, como tu amor;
Ruina y miseria que un día se anegan en inmenso olvido,
Dejando, burla suprema, una fecha vacía,
Huella inútil que la luz deserta.

Por razones morales, escasos poetas han amado con tal intensidad y tal desencanto como Luis Cernuda. En el amor homosexual se encontró y, también, ese amor lo perdió. (El que ama tiene calidad de proscrito; el amor es algo así como telarañas que cuelgan de la razón.) Mancha infamante, quien ama y quien es amado van juntos hasta la ignominia: son las alas del mismo pájaro, indivisible si se quiere vivo. A pesar de todo, ya sin raciocinio, apela: "Devuélveme, Señor, lo que he perdido, / el sólo ser por quien vivir deseo".

Quiero referirme, por considerarla fundamental en su obra, a la sección XI de *La realidad y el deseo*. "Desolación de la quimera". Esta serie de poemas, los últimos que escribió, posee rasgos peculiares: la persistencia del deseo unida a la conciencia de la decrepitud y el acrecentamiento de las simpatías, escasas pero entrañables, y las antipatías, numerosas y de por vida, tanto literarias como humanas. Aquí Cernuda ama, más en pasado que en presente, y odia, niega y reniega, bendice y apostrofa. En uno y otro casos su actitud responde al único deber que respeta: su propio deseo.

Dos elementos, el fuego y el agua, dan fisonomía a este mundo: el fuego por lo que arrasa, el agua por lo que apaga. De este mundo en ruinas, unas cuantas cosas permanecen en pie: el amor, "única luz del mundo". Acerca de él, afirma:

Mas si muere el amor, no queda libre
El hombre del amor: queda su sombra,
Queda en pie la lujuria.

La amistad (y sus mejores amigos murieron antes que él), la lectura (algunos pocos libros, entre ellos los de Galdós) son evidencias que provocan en el poeta "la nostalgia de la patria imposible, que no es de este mundo". Sobre todo, y desde siempre, la poesía: "¿Quise de mí dejar memoria? Perdón por ello pido".

Un motivo que aparece, desaparece y reaparece tiene el nombre de España. En "Desolación de la quimera" este motivo alcanza la temperatura de la fiebre. Confiesa en un poema:

Si soy español, lo soy
A la manera de aquéllos que no pueden
Ser otra cosa...

Reafirma y puntualiza:

Soy español sin ganas
Que vive como puede bien lejos de su tierra
Sin pesar ni nostalgia...

Enamorado de las formas, de los cuerpos jóvenes, ama la vida y, por ello, no puede aceptar la historia de España vivida y escrita por vicarios entusiastas de la muerte. Juzga la vida española "estú-

pida y cruel como su fiesta de los toros". Frente al país de origen, traza la biografía que no le fue dado cumplir cabalmente:

Mas, ¿tú? Regresar no piensas,
Sino seguir libre adelante,
Disponible por siempre, mozo o viejo,
Sin hijo que te busque, como a Ulises,
Sin Itaca que te aguarde y sin Penélope.

A ella lo ligan, fatalmente, la lengua, las primeras fijaciones sensibles de la niñez, unos cuantos autores y algunos amigos. En voz alta y con toda la boca pasa revista y condena la forma de ser y actuar de los españoles. Condena por amor, aunque éste revista varias de las infinitas caras del odio.

"Desolación de la quimera" quedará, al igual que otras secciones

de *La realidad y el deseo*, como una de las etapas líricas más desgarradoras y hermosas de la obra de Luis Cernuda. La aflicción, el asco, los presagios de la muerte, ya tan próxima, y la confianza en los goces de la vida se transustancian aquí en gran poesía.

Estas líneas son un testimonio, notas de lectura de un lector que no se cansa de leer el mismo libro, de entusiasmo hacia el poeta predilecto y el amigo de amistad difícil que escribió en México algunos de sus mejores poemas (el juicio es del propio Cernuda) y vivió varios de sus mejores años. Aquí también supo de la pobreza sin excusas, de la incompreensión y de la muerte.

Con Luis Cernuda enterramos un mundo, el de la soberbia en voz baja, el de la humildad que, para no molestar, se guarecía entre algodones. Con él murió lo que para mí era la representación física del poeta. Murió en noviembre, hace más de once años, él que ya estaba muerto.

POESÍA

de Luis Cernuda

CARA A DÉJAME ESTA VOZ

Duración:
17'49

Déjame esta voz, que tengo,
Lo mismo que a la pampa le dejan
Sus matorrales de deseo,
Sus ríos secos colgando de las piedras.

Déjame vivir como acero mohoso
Sin puño, tirado en las nubes;
No quiero saber de la gloria envidiosa
Con rabo y cuernos de ceniza.

Un anillo tuve de luna
Tendida en la noche a comienzos de otoño;
Lo dí a un mendigo tan joven
Que sus ojos parecían dos lagos.

Me ahogué en fin, amigos;
Ahora duermo donde nunca despierto.
No saber más de mí mismo es algo triste;
Dame la guitarra para guardar las lágrimas.

HE VENIDO PARA VER

He venido para ver semblantes
Amables como viejas escobas,
He venido para ver las sombras
Que desde lejos me sonríen.

He venido para ver los muros
En el suelo o en pie indistintamente,
He venido para ver las cosas,
Las cosas soñolientas por aquí.

He venido para ver los mares
Dormidos en cestillo italiano,
He venido para ver las puertas,
El trabajo, los tejados, las virtudes
De color amarillo ya caduco.

He venido para ver la muerte
Y su graciosa red de cazar mariposas,

He venido para esperarte
Con los brazos un tanto en el aire,
He venido no sé por qué;
Un día abrí los ojos: he venido.

Por ello quiero saludar sin insistencia
A tantas cosas más que amables:
Los amigos de color celeste,
Los días de color variable,
La libertad del color de mis ojos;

Los niñitos de seda tan clara,
Los entierros aburridos como piedras,
La seguridad, ese insecto
Que anida en los volantes de la luz.

Adiós, dulces amantes invisibles,
Siento no haber dormido en vuestros brazos.
Vine por esos besos solamente;
Guardad los labios por si vuelvo.

IMPRESIÓN DE DESTIERRO

Fue la pasada primavera,
Hace ahora casi un año,
En un salón del viejo Temple, en Londres,
Con viejos muebles. Las ventanas daban,
Tras edificios viejos, a lo lejos,
Entre la hierba el gris relámpago del río.
Todo era gris y estaba fatigado
Igual que el iris de una perla enferma.

Eran señores viejos, viejas damas,
En los sombreros plumas polvorientas;
Un susurro de voces allá por los rincones,
Junto a mesas con tulipanes amarillos,
Retratos de familia y teteras vacías.

La sombra que caía
Con un olor a gato,
Despertaba ruidos en cocinas.

Un hombre silencioso estaba
Cerca de mí. Veía
La sombra de su largo perfil algunas veces
Asomarse abstraído al borde de la taza,
Con la misma fatiga
Del muerto que volviera
Desde la tumba a una fiesta mundana.

En los labios de alguno,
Allá por los rincones
Donde los viejos juntos susurraban,
Densa como una lágrima cayendo,
Brotó de pronto una palabra: España.
Un cansancio sin nombre
Rodaba en mi cabeza.
Encendieron las luces. Nos marchamos.

Tras largas escaleras casi a oscuras
Me hallé luego en la calle,
Y a mi lado, al volverme,
Vi otra vez a aquel hombre silencioso,
Que habló indistinto algo
Con acento extranjero,
Un acento de niño en voz envejecida.

Andando me seguía
Como si fuera solo bajo un peso invisible,
Arrastrando la losa de su tumba;
Mas luego se detuvo.
“¿España?”, dijo. “Un nombre.
España ha muerto.” Había
Una súbita esquina en la calleja.
Le vi borrarse entre la sombra húmeda.

CEMENTERIO EN LA CIUDAD

Tras de la reja abierta entre los muros,
La tierra negra sin árboles ni hierba,
Con bancos de madera donde allá a la tarde
Se sientan silenciosos unos viejos.
En torno están las casas, cerca hay tiendas,
Calles por las que juegan niños, y los trenes
Pasan al lado de las tumbas. Es un barrio pobre.

Como remiendos de las fachadas grises,
Cuelgan en las ventanas trapos húmedos de lluvia.
Borradas están ya las inscripciones
De las losas con muertos de dos siglos,
Sin amigos que les olviden, muertos
Clandestinos. Mas cuando el sol despierta,
Porque el sol brilla algunos días hacia junio,
En lo hondo algo deben sentir los huesos viejos.

Ni una hoja ni un pájaro. La piedra nada más. La tierra.
¿Es el infierno así? Hay dolor sin olvido,
Con ruido y miseria, frío largo y sin esperanza.
Aquí no existe el sueño silencioso
De la muerte, que todavía la vida
Se agita entre estas tumbas, como una prostituta
Prosigue su negocio bajo la noche inmóvil.

Cuando la sombra cae desde el cielo nublado
Y el humo de las fábricas se aquieta
En polvo gris, vienen de la taberna voces,
Y luego un tren que pasa
Agita largos ecos como bronce iracundo.

No es el juicio aún, muertos anónimos.
Sosegaos, dormid; dormid si es que podéis.
Acaso Dios también se olvida de vosotros.

LÁZARO

Era de madrugada.
Después de retirada la piedra con trabajo,
Porque no la materia sino el tiempo
Pesaba sobre ella,
Oyeron una voz tranquila
Llamándome, como un amigo llama
Cuando atrás queda alguno
Fatigado de la jornada y cae la sombra.
Hubo un silencio largo.
Así lo cuentan ellos que lo vieron.

Yo no recuerdo sino el frío
Extraño que brotaba
Desde la tierra honda, con angustia
De entresueño, y lento iba
A despertar el pecho,
Donde insistió con unos golpes leves,
Avido de tornarse sangre tibia.
En mi cuerpo dolía
Un dolor vivo o un dolor soñado.

Era otra vez la vida.
Cuando abrí los ojos
Fue el alba pálida quien dijo
La verdad. Porque aquellos
Rostros ávidos, sobre mí estaban mudos,
Mordiendo un sueño vago inferior al milagro,
Como rebaño hosco
Que no a la voz sino a la piedra atiende,
Y el sudor de sus frentes
Oí caer pesado entre la hierba.

Alguien dijo palabras
De nuevo nacimiento.
Mas no hubo allí sangre materna
Ni vientre fecundado
Que crea con dolor nueva vida doliente.
Sólo anchas vendas, lienzos amarillos
Con olor denso, desnudaban
La carne gris y flácida como fruto pasado;
No el terso cuerpo oscuro, rosa de los deseos,
Sino el cuerpo de un hijo de la muerte.

El cielo rojo abría hacia lo lejos
Tras de olivos y alcores;
El aire estaba en calma.
Mas temblaban los cuerpos,
Como las ramas cuando el viento sopla,
Brotando de la noche con los brazos tendidos

Para ofrecerme su propio afán estéril.
La luz me remordía
Y hundí la frente sobre el polvo
Al sentir la pereza de la muerte.
Quise cerrar los ojos,
Buscar la vasta sombra,
La tiniebla primaria
Que su veneno esconde bajo el mundo
Lavando de vergüenzas la memoria.
Cuando un alma doliente en mis entrañas
Gritó, por las oscuras galerías
Del cuerpo, agria, desencajada,
Hasta chocar contra el muro de los huesos
Y levantar mareas febriles por la sangre.

Aquel que con su mano sostenía
La lámpara testigo del milagro,
Mató brusco la llama,
Porque ya el día estaba con nosotros.
Una rápida sombra sobrevino.
Entonces, hondos bajo una frente, vi unos ojos
Llenos de compasión, y hallé temblando un alma,
Donde mi alma se copiaba inmensa,
Por el amor dueña del mundo.

Vi unos pies que marcaban la linde de la vida,
El borde de una túnica incolora
Plegada, resbalando
Hasta rozar la fosa, como un ala
Cuando a subir tras de la luz incita.
Sentí de nuevo el sueño, la locura
Y el error de estar vivo,
Siendo carne doliente día a día.
Pero él me había llamado
Y en mí no estaba ya sino seguirle.

Por eso, puesto en pie, anduve silencioso.
Aunque todo para mí fuera extraño y vano,
Mientras pensaba: así debieron ellos,
Muerto yo, caminar llevándome a la tierra.
La casa estaba lejos;
Otra vez vi sus muros blancos
Y el ciprés del huerto.
Sobre el terrado había una estrella pálida.
Dentro no hallamos lumbre
En el hogar cubierto de ceniza.

Todos le rodearon en la mesa.
Encontré el pan amargo, sin sabor las frutas,
El agua sin frescor, los cuerpos sin deseo;
La palabra hermandad sonaba falsa,
Y de la imagen del amor quedaban
Sólo recuerdos vagos bajo el viento.
El conocía que todo estaba muerto
En mí, que yo era un muerto
Andando entre los muertos.

Sentado a su derecha me veía
Como aquel que festejan al retorno.
La mano suya descansaba cerca
Y recliné la frente sobre ella
Con asco de mi cuerpo y de mi alma.

Así pedí en silencio, como se pide
A Dios, porque su nombre,
Más vasto que los templos, los mares, las estrellas,
Cabe en el desconsuelo del hombre que está solo,
Fuerza para llevar la vida nuevamente.

Así rogué, con lágrimas,
Fuerza de soportar mi ignorancia resignado,
Trabajando, no por mi vida ni mi espíritu,
Mas por una verdad en aquellos ojos entrevista
Ahora. La hermosura es paciencia.
Sé que el lirio del campo,
Tras de su humilde oscuridad en tantas noches
Con larga espera bajo tierra,
Del tallo verde erguido a la corola alba
Irrumpe un día en gloria triunfante.

REMORDIMIENTO EN TRAJE DE NOCHE

Un hombre gris avanza por la calle de niebla;
No lo sospecha nadie. Es un cuerpo vacío;
Vacío como pampa, como mar, como viento,
Desiertos tan amargos bajo un cielo implacable.

Es el tiempo pasado, y sus alas ahora
Entre la sombra encuentran una pálida fuerza;
Es el remordimiento, que de noche, dudando,
En secreto aproxima su sombra descuidada.

No estrechéis esa mano. La yedra altivamente
Ascenderá cubriendo los troncos del invierno.
Invisible en la calma el hombre gris camina.
¿No sentís a los muertos? Mas la tierra está sorda.

ESCONDIDO EN LOS MUROS

Escondido en los muros
Este jardín me brinda
Sus ramas y sus aguas
De secreta delicia.

Qué silencio. ¿Es así
El mundo? Cruza el cielo
Desfilando paisajes,
Risueño hacia lo lejos.

Tierra indolente. En vano
Resplandece el destino.
Junto a las aguas quietas
Sueño y pienso que vivo.
Mas el tiempo ya tasa
El poder de esta hora;
Madura su medida
Escapa entre sus rosas.

Y el aire fresco vuelve
Con la noche cercana,
Su tersura olvidando
Las ramas y las aguas.

NEVADA

En el Estado de Nevada
Los caminos de hierro tienen nombres de pájaro,
Son de nieve los campos
Y de nieve las horas.

Las noches transparentes
Abren luces soñadas
Sobre las aguas o tejados puros
Constelados de fiesta.

Las lágrimas sonríen,
la tristeza es de alas,
Y las alas, sabemos,
Dan amor inconstante.

Los árboles abrazan árboles,
Una canción besa otra canción;
Pasa el dolor y la alegría.
Siempre hay nieve dormida
Sobre otra nieve, allá en Nevada.

ESTOY CANSADO

Estar cansado tiene plumas,
Tiene plumas graciosas como un loro,
Plumas que desde luego nunca vuelan,
Mas balbucean igual que loro.

Estoy cansado de las casas,
Prontamente en ruinas sin un gesto;
Estoy cansado de las cosas,
Con un latir de seda vueltas luego de espaldas.

Estoy cansado de estar vivo,
Aunque más cansado sería el estar muerto;
Estoy cansado de estar cansado
Entre plumas ligeras sagazmente,
Plumas del loro aquel tan familiar o triste,
El loro aquel del siempre estar cansado.

NO DECÍA PALABRAS

No decía palabras,
Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
Porque ignoraba que el deseo es una pregunta
Cuya respuesta no existe,
Una hoja cuya rama no existe,
Un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,
remonta por las venas
Hasta abrirse en la piel.
Surtidores de sueño
Hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.

Un roce al paso,
Una mirada fugaz entre las sombras,
Bastan para que el cuerpo se abra en dos,

Ávido de recibir en sí mismo
Otro cuerpo que sueñe;
Mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne,
Iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.

Aunque sólo sea una esperanza,
Porque el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie sabe.

SI EL HOMBRE PUDIERA DECIR

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
Si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo
Como una nube en la luz;
Si como muros que se derrumban,
Para saludar la verdad erguida en medio,
Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo la verdad de su amor,
La verdad de sí mismo,
Que no se llama gloria, fortuna o ambición,
Sino amor o deseo,
Yo sería aquel que imaginaba;
Aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
Proclama ante los hombres la verdad ignorada,
La verdad de su amor verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien
Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
Alguien por quien me olvido de esta existencia Mezquina,
Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,
Y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu
Como leños perdidos que el mar anega o levanta
Libremente, con la libertad del amor,
La única libertad que me exalta,
La única libertad porque muero.

Tú justificas mi existencia:
Si no te conozco, no he vivido;
Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.

DONDE HABITE EL OLVIDO

Donde habite el olvido,
En los vastos jardines sin aurora;
Donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Donde mi nombre deje
Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
Donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
No esconda como acero
En mi pecho su ala,
Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,
Sometiendo a otra vida su vida,
Sin más horizonte que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;

CARA B
Duración:
18'

Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
Disuelto en niebla, ausencia,
Ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;
Donde habite el olvido.

A LARRA CON UNAS VIOLETAS

Aún se queja su alma vagamente,
El oscuro vacío de su vida.
Mas no pueden pesar sobre esa sombra
Algunas violetas,
Y es grato así dejarlas,
Frescas entre la niebla,
Con la alegría de una menuda cosa pura
Que rescatara aquel dolor antiguo.

Quien habla ya a los muertos,
Mudo le hallan los que viven.
Y en este otro silencio, donde el miedo impera,
Recoger esas flores una a una
Breve consuelo ha sido entre los días
Cuya huella sangrienta llevan las espaldas
Por el odio cargadas con una piedra inútil.

Si la muerte apacigua
Tu boca amarga de Dios insatisfecha,
Acepta un don tan leve, sombra sentimental,
En esa paz que bajo tierra te esperaba,
Brotando en hierba, viento y luz silvestres,
El fiel y último encanto de estar solo.

Curado de la vida, por una vez sonríe,
Pálido rostro de pasión y de hastío.
Mira las calles viejas por donde fuiste errante,
El farol azulado que te guiara, carne yerta,
Al regresar del baile o del sucio periódico,
Y las fuentes de mármol entre palmas:
Aguas y hojas, bálsamo del triste.

La tierra ha sido medida por los hombres,
Con sus casas estrechas y matrimonios sórdidos,
Su venenosa opinión pública y sus revoluciones
Más crueles e injustas que las leyes,
Como inmenso bostezo demoníaco;
No hay sitio en ella para el hombre solo,
Hijo desnudo y deslumbrante del divino pensamiento.

Escribir en España no es llorar, es morir,
Porque muere la inspiración envuelta en humo,
Cuando no va su llama libre en pos del aire.
Así, cuando el amor, el tierno monstruo rubio,
Volvió contra ti mismo tantas ternuras vanas,
Tu mano abrió de un tiro, roja y vasta, la muerte.

Libre y tranquilo quedaste en fin un día,
Aunque tu voz sin ti abrió un dejo indeleble.
Es breve la palabra como el canto de un pájaro,
Mas un claro jirón puede prenderse en ella
De embriaguez, pasión, belleza fugitivas,

Y subir, ángel vigía que atestigüa del hombre,
Allá hasta la región celeste e impasible.

GÓNGORA

El andaluz envejecido que tiene gran razón para su orgullo,
El poeta cuya palabra lúcida es como diamante,
Harto de fatigar sus esperanzas por la corte,
Harto de su pobreza noble que le obliga
A no salir de casa cuando el día, sino al atardecer, ya que
las sombras,
Más generosas que los hombres, disimulan
En la común tiniebla parda de las calles
La bayeta caduca de su coche y el tefetán delgado de su traje;
Harto de pretender favores de magnates,
Su altivez humillada por el ruego insistente,
Harto de los años tan largos malgastados
En perseguir fortuna lejos de Córdoba la llana y de su muro
excelso,
Vuelve al rincón nativo para morir tranquilo y silencioso.

Ya restituye el alma a soledad sin esperar de nadie
Si no es de su conciencia, y menos todavía
De aquel sol invernal de la grandeza
Que no atempera el frío del desdichado,
Y aprende a desearles buen viaje
A príncipes, virreyes, duques altisonantes,
vulgo luciente no menos estúpido que el otro;
Ya se resigna a ver pasar la vida tal sueño inconsistente
Que el alba desvanece, a amar el rincón solo
Adonde conllevar paciente su pobreza,
Olvidando que tantos menos dignos que él, como la bestia ávida
Toman hasta saciarse la parte mejor de toda cosa,
Dejándole la amarga, el desecho del paria.

Pero en la poesía encontró siempre, no tan sólo hermosura,
sino ánimo,
La fuerza del vivir más libre y más soberbio,
Como un neblí que deja el puño duro para buscar las nubes
Traslúcidas de oro allá en el cielo alto.
Ahora el reducto último de su casa y su huerto le alcanzan todavía
Las piedras de los otros, salpicaduras tristes
Del aguachirle caro para las gentes
Que forman el común y como público son árbitro de gloria.
Ni aun esto Dios le perdonó en la hora de su muerte.

Decretado es al fin que Góngora jamás fuera poeta,
Que amó lo oscuro y vanidad tan sólo le dictó sus versos.
Menéndez y Pelayo, el montañés henchido por sus dogmas,
No gustó de él y le condena con fallo inapelable.
Viva pues Góngora, puesto que así los otros
Con desdén le ignoraron, menosprecio
Tras del cual aparece su palabra encendida
Como estrella perdida en lo hondo de la noche,
Como metal insomne en las entrañas de la tierra.
Ventaja grande es que esté ya muerto
Y que de muerto cumpla los tres siglos, que así pueden
Los descendientes mismos de quienes le insultaban
Inclinarse a su nombre, dar premio al erudito,
Sucesor del gusano, royendo su memoria.
Mas el no transigió en la vida y en la muerte

Y a salvo puso su alma irreductible
Como demonio arisco que ríe entre negruras.

Gracias demos a Dios por la paz de Góngora vencido;
Gracias demos a Dios por la paz de Góngora exaltado;
Gracias demos a Dios, que supo devolverle (como hará con
nosotros),
Nulo al fin, ya tranquilo, entre su nada.

LOS ESPINOS

Verdor nuevo los espinos
Tienen ya por la colina,
Toda la púrpura y nieve
En el aire estremecida.

Cuántos ciclos florecidos
Les has visto: aunque a la cita
Ellos serán siempre fieles,
Tú no lo serás un día.

Antes que la sombra caiga,
Aprende cómo es la dicha
Ante los espinos blancos
Y rojos en flor. Ve. Mira.

HACIA LA TIERRA

Cuando el tiempo y distancia
Engañan los recuerdos,
¿Quién lo ignora?, es amargo
Volver. Porque interpuesto

Algo está entre los ojos
Y la imagen primera,
Mudando duramente
Amor en extrañeza.

Es acaso un espacio
Vacío, una luz ida,
Ajada en toda cosa
Ya la hermosura viva.

Mas volver debe el alma
Tal pájaro en otoño,
Y aquel dolor pasado
Visitar, y aquel gozo:

Nube de una mañana
Áurea, rama de púrpura
Junto a una tapia, sombra
Azul bajo la luna.

Posibles paraísos
O infernos ya no entiende
El alma sino en tierra,
Por eso el alma quiere,

Cansada de los sueños
y los delirios tristes,

Volver a la morada
Suya antigua. Y unirse,

Como se une la piedra
Al fondo de su agua,
Fatal, oscuramente,
Con una tierra amada.

EL RETRAÍDO

Como el niño jugando
Con desechos del hombre,
Un harapo brillante,
Papel coloreado o pedazo de vidrio,
A los que su imaginación da vida mágica,
Y goza y canta y sueña
A lo largo de días que las horas no miden,
Así con tus recuerdos.

No son como las cosas
De que cerciora el tacto,
Que contemplan los ojos;
De cuerpo más aéreo
Que un aroma, un sonido,
Sólo tienen la forma prestada por tu mente,
Existiendo invisibles para el mundo
Aun cuando el mundo para ti lo integran.

Vivir contigo quieres
Vida menos ajena que esta otra,
Donde placer y pena
No sean accidentes encontrados,
Sino facces del alma
Que refleja el destino
Con la fidelidad trasmutadora
De la imagen brotando en aguas quietas.

Esperan tus recuerdos
El sosiego exterior de los sentidos
Para llamarte o para ser llamados,
Como esperan las cuerdas en vihuela
La mano de su dueño, la caricia
Diestra, que evoca los sonidos
Diáfanos, haciendo dulcemente
De su poder latente, temblor, canto.

Vuelto hacia ti prosigues
El divagar enamorado
De lo que fue tal como ser debiera,
Y así la vida pasas,
Morador de entresueños,
Por esas galerías
Donde a la luz más bella hace la sombra
Y donde a la memoria más pura hace el olvido.

Si morir fuera esto,
Un recordar tranquilo de la vida,
Un contemplar sereno de las cosas,
Cuán dichosa, la muerte,
Rescatando el pasado
Para soñarlo a solas cuando libre,

Para pensarlo tal presente eterno,
Como si un pensamiento valiese más que el mundo.

UN CONTEMPORÁNEO

Le conocí hace ya tanto tiempo;
Déjame que recuerde. Si la memoria falla
A mi edad, cuando trata de imaginarse algo
Que en años mozos fuimos, aún más cuando persigue
La figura del hombre sólo visto un momento.

Nunca pensé que alguien viniera a preguntarme
Por tal persona, sin familiar, amigo,
Posición o fortuna; viviendo oscuramente,
Con los gestos diarios de cualquiera
A quien ya nadie nombra tras de muerto

Que de espejo nos sirva
El prójimo, y nuestra propia imagen
Observemos en él, mas no la suya,
Ocurre a veces. Quien interroga a otros
Por un desconocido, debe contentarse
Con lo que halla, aun cuando esa huella
Ajena superpuesta a la que busca.

Era de edad mediana
Al conocerlo yo, enseñando,
No sé, idioma o metafísica, en puesto subalterno,
Como extraño que ha de ganar la vida
Por malas circunstancias y carece de apoyo.
A esta ciudad había venido
Desde el norte, donde antes estubo
En circunstancias aún peores; ya conoce
Aquella gente práctica y tacaña, que buscando
Va por la vida sólo remordimiento,
Y poco remordimiento de tal hombre traslucía.

Así se hallaba a gusto, en lo posible
Para quien no parecía a gusto en parte alguna,
Aun cuando, ido, no quisiera
Regresar, ni a varios conocidos
Locales recordó. Así trataba acaso
Que lo pasado fuera pasado realmente
Y comenzar en limpio nueva etapa.

No le vi mucho, rehusando,
A lo que entiendo, el trato y compañía,
Acaso hurraño y receloso en algo
Para mí indiferente. Poco hablaba,
Aunque en rara ocasión hablaba todo
Lo callado hasta entonces, entero, abrupto,
Y pareciendo luego avergonzado.

Pero seamos francos: yo no le quería
Bien, y un día, conversando
Temas insustanciales, el tiempo, los deportes,
La política, sentí temor extraño
Que en burla, no hacía mí, sino a los hombres todos
En mí representados, fuera a sacar la lengua.

Lo que pensó, amó, odió, le dejó indiferente,
Ignoro; como lo ignoro igual hasta de otros
Que conocí mejor. Nuestro vivir, de muchedumbre

A solas con un dios, un demonio o una nada,
Supongo que era el suyo también. ¿Por qué no habría de serlo?

Su pensamiento hoy puede leerse
Tras la obra, y ella sabrá decirle
Más que yo. Aunque supongo
Tales escritos sin valor alguno,
Y aquí ninguno se cuidaba de su autor o ellos.

Esta fama postrera no la mueve,
En mozos tan despiertos, amor de hacer justicia,
Sino gusto de hallar razón contra nosotros
Los viejos, el estorbo palmario en el camino,
Al cual no basta el apartar, mas el desprecio
Debe añadirse. Pues ¿acaso
Vive desconocido el poeta futuro?

Sabemos que un poeta es otra cosa;
La chispa que le anima pronto prende
En quienes junto a él cruzan la vida,
Sus versos aceptados tal moneda corriente.
Lope fue siempre el listo Lope, vivo o muerto.

Tan vulgar como quiera será el vulgo,
Pero la voz del vulgo es voz divina,
Por estos tiempos nuestros a lo menos;
Y el vulgo era ignorante de ese hombre
Mientras viviera, en signo
Que siempre ignorará su póstuma excelencia.

La sociedad es justa, a todos trata
Como merecen; si hay exceso
Primero, con idéntico exceso retrocede,
Recobrando nivel. Piense de alguno,
Festejado tal dios por muchedumbres,
Por esas muchedumbres tal animal colgado.
Bien que ello nos repugne, justicia pura y simple.

Mas eso no se aplica a nuestro hombre.
¿Acaso hubo exceso en el olvido
Que vivió día a día? Hecho a medida
Del propio ser oscuro, exacto era; y a la muerte
Se lleva aquello que tomamos
De la vida, o lo que ella nos da: olvido
Acá, y olvido allá para él. Es lo mismo.

LA VIDA

Como cuando el sol enciende
Algún rincón de la tierra,
Su pobreza la redime,
Con risas verdes lo llena,

Así tu presencia viene
Sobre mi existencia oscura
A exaltarla, para darle
Esplendor, gozo, hermosura.

Pero también tú te pones
Lo mismo que el sol, y crecen
En torno mío las sombras
De soledad, vejez, muerte.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Secretario General: Lic. Sergio Domínguez Vargas
Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo

Director General de Difusión Cultural:
Diego Valadés
Departamento de Grabaciones:
Marisa Magallón

... el ...
... el ...

... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

... ..
... ..

